

La historia de cómo un colegio de Villarta de San Juan ha convertido a sus estudiantes en los más aventureros del mundo comenzó a principios de los 90 en Medellín. Manuel José Carpintero era un joven estudiante de magisterio que llegó entusiasmado a “la ciudad de la eterna primavera” impulsado por un coctel de compromiso social y aventura. Iba a trabajar como voluntario misionero con los niños de la calle, los “gamines”, para alejarlos “de los sicarios, la droga y del mundo de Pablo Escobar que estaba en pleno apogeo”. Allí, entre casas agolpadas con fachadas de colores vibrantes recibió el “bofetón” que cambió su vida.

“Fue un cambio brutal. Con tan solo 20 años me hizo ver que hay otra realidad, que en Europa vivimos muy bien y que tampoco puedes ir con la idea del europeo bueno que va a salvar el mundo”, explica treinta años después desde el laboratorio del colegio Nuestra Señora de la Paz de Villarta, donde es director. En aquel viaje en el que participó en la inserción de los gamines en comunidades en plena naturaleza y que le obligó a vivir en El Chocó, la selva tropical donde Neil Armstrong preparó su llegada a la Luna, descubrió que la educación era su vocación y que nunca abandonaría las expediciones, los viajes, la naturaleza, ni la curiosidad.

Miradas despiertas al ver una piel de foca de los inuit

Primero fundó la Asociación Astronómica y Geográfica de Ciudad Real, y después empezó a llevar a sus clases elementos de sus expediciones, del Cabo de Hornos a la selva Lacandona de Chiapas. “Llevé una piel de foca que me habían regalado los inuit (pobladores) de Groenlandia y un machete que utilicé en la selva”, comenta. Entonces, empezó a notar que despertaba un mayor interés en los chavales y que motivaba “un estudio de la geografía, de la historia o de las ciencias más estimulante”. Más allá del conocimiento que puede proporcionar un texto o una fotografía en un libro, el profesor ciudarrealense supo que la posibilidad de tocar, oler o experimentar acercaba a sus alumnos a la ciencia y les permitía comprender lo que sucedía en el entorno.

Así nació el proyecto educativo ‘Pequeños exploradores’ (Little Explorers), hace seis años, cuando Carpintero tomó las riendas como director del colegio. Tiene dos objetivos: atraer al centro a personas que puedan ser “referentes” y viajar con los chavales “para que puedan conocer el mundo”, tanto que este año han volado hasta el Círculo Polar Ártico. Para conseguir lo segundo, el profesor señala que cometieron “la osadía de participar en el programa de intercambios Erasmus+”, que no solo está reducido a estudiantes de secundaria y universitarios. En la actualidad también comprende un programa STEAM para fomentar “la ciencia, la tecnología y las matemáticas”, junto a la robótica y otros proyectos innovadores.

Un epicentro para los grandes exploradores españoles

El huevo de un tiburón expuesto en una vitrina en el laboratorio donde antes había ordenadores

IP Grupo
Iberopistacho

**Cultivando
Conocimiento**

926 62 29 52

www.iberopistacho.com

